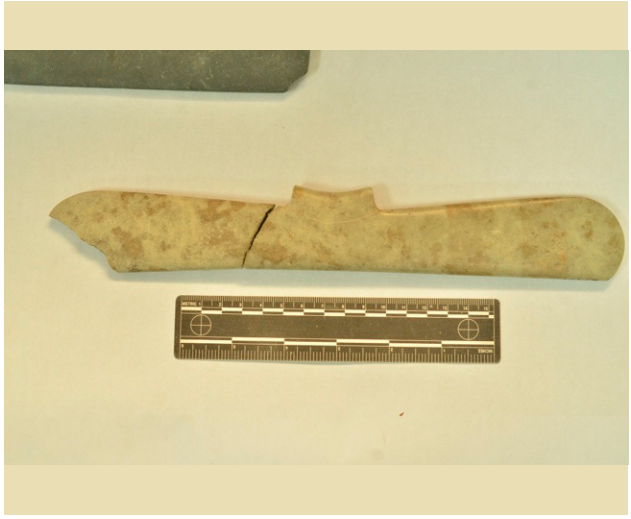
Entre estantes, polvo y piezas:
la sensibilidad de lo resguardado

María Fernanda Mozo Rodríguez[14]

En la mano derecha una caja con réplicas de sellos, en la otra, tinta vegetal a base de achiote. En frente, las risas y miradas inquietantes de niños y niñas que por primera vez se acercaban a los materiales arqueológicos. Un colegio que nos visitaba, como muchos otros, y con muchas preguntas. Así es un día para los visitantes de la colección y para quienes en ella trabajamos. Sin embargo, el reverso oculto de lo que hacemos día a día con la materialidad de la Colección arqueológica de la Universidad del Magdalena se condensa en una pregunta, la cual inquiere por el propósito de la divulgación y el manejo de colecciones: ¿qué se debe hacer para que el acto de conocer sobre el pasado, la cultura y lo material sea una experiencia significativa?



14. Asistente curatorial. Colección de arqueología de la Universidad del Magdalena. mfmozo@unimagdalena.edu.co



Placa alada

La Colección de Arqueología recibe visitantes con intereses diversos: estudiantes de pregrado, investigadores y público general que acuden tanto para conocer las piezas como, en algunos casos, para trabajar directamente con estos objetos. En estos encuentros se abordan múltiples temáticas; se explica el manejo y la conservación de los materiales, así como las distintas narrativas arqueológicas que se han construido en torno a ellos. Como parte de un ejercicio pedagógico sostenido, la divulgación de la colección durante los últimos tres años ha propiciado espacios formativos que incluyen talleres dirigidos a públicos escolares y universitarios, exposiciones temporales —como *Placas aladas: conexiones en el Caribe en época prehispánica* y *Legado sagrado*— y diálogos abiertos con comunidades locales, fortaleciendo así el vínculo entre patrimonio, academia y sociedad.

Estas experiencias también nos han enseñado sobre el sentido y la responsabilidad del quehacer al momento de compartir el patrimonio. Recientemente, la Colección de Arqueología acogió un encuentro con líderes y lideresas de las comunidades indígenas de la Sierra Nevada de Santa Marta —kankuamos, kogui, arhuacos, wiwas, tagangas y ette ennakas— en alianza con el Museo Nacional, en el marco de una exposición itinerante. Este espacio buscó entretejer saberes y propiciar un diálogo horizontal entre distintas formas de conocimiento. Escuchar sus reflexiones en torno a objetos que han estado resguardados en la Universidad del Magdalena durante más de una década, y que hoy forman parte de esta materialidad arqueológica presente en la colección, amplía el horizonte desde el cual se gestiona este acervo y resignifica el trabajo cotidiano que allí se realiza.

Han sido momentos vívidos que han marcado profundamente la gestión de la Colección. En ellos, los objetos —no desde un esencialismo, sino como mediadores culturales— se han convertido en oportunidades para interactuar con el otro: con su visión, su percepción y sus propias formas de comprender el pasado. Ese intercambio ha permitido gestar conocimiento compartido y, al mismo tiempo, reafirmar la razón por la cual coleccionamos y resguardamos estos materiales. Esta labor está íntimamente vinculada con la convicción de que compartir saberes es el fin central de nuestra actividad cotidiana. Resguardar, en este sentido, no es acumular, sino custodiar para abrir; conservar, para dialogar; preservar, para compartir.



Visita de estudiantes de la Universidad de Waikato, Nueva Zelanda. Año 2025.

Para que estos objetos y las diversas narrativas que los rodean puedan ser contados, existe un trabajo silencioso entre estantes, polvo, cajas y piezas. Es una labor constante que no solo dialoga con el pensamiento de investigadores e investigadoras, sino también con las formas y dinámicas locales y contemporáneas de quienes se acercan con miradas curiosas y preguntas —sean estas de carácter académico o no—, movidos siempre por una curiosidad latente. En ese cruce entre investigación, gestión y encuentro con el público se sostiene el sentido mismo de la Colección: un espacio donde el patrimonio no permanece inmóvil, sino que se activa a través de la reflexión y el diálogo.

Mucho se ha hablado de este tipo de objetos como patrimonio material cultural, como algo que nos pertenece a todos, y de la riqueza histórica que encierran; de una historia que, en muchos casos, no es del todo veraz y, en otros, está sustentada y comprobada, donde el rol de la ciencia y el cuestionamiento se convierten en efectos inmediatos. Son objetos con figura jurídico-legal y con metodologías específicas para su análisis y conservación; sin embargo, el sentido por el cual una colección de arqueología se encuentra hoy en la Universidad del Magdalena radica precisamente en que somos un centro al que convergen múltiples formas de percibir y comprender lo que somos como sociedad: llegan dudas, inquietudes, ideas e incluso materiales producto de excavaciones acompañados del tan aclamado —«¿y ahora, dónde lo dejamos?», pero, en su mayoría, arriban movidos por el deseo de saber y por la curiosidad.

Una curiosidad que no comenzó ayer, sino que ha sido alimentada por el trabajo de otras y otros —arqueólogas y arqueólogos— con métodos y técnicas diversas que han pasado por esta alma mater. Investigaciones de meses, incluso de años, cuyos materiales han venido a parar a este espacio: la Colección de Arqueología. Son trabajos que evocan largas jornadas bajo el sol, entre picos y palas, así como extensas horas de análisis, esfero y escritorio; formas de construir conocimiento sobre el conocimiento de otros, los del pasado,



Taller de restauración, año 2024, dictado por la profesora Patricia Frazzi, Universidad de Buenos aires- Argentina.



Grupo de estudiantes de los programas: Antropología, Licenciatura en artes, Historia y Patrimonio, al lado de la profesora Frazzi.



Taller de geoarqueología en el año 2023, dictado por la geóloga Natalia Acevedo.

y que sin duda aportamos a quienes nos visitan. Esos otros, que en muchos casos aún constituyen un enigma en distintos escenarios, y a quienes también, desde esta manera de conocer, hemos aprendido a escuchar y a mirar, como en la experiencia inicialmente narrada.

Porque, sí, cuando hablamos de una colección de arqueología, de inmediato imaginamos objetos del pasado. Y, en efecto, así es: hoy por hoy, la Colección de Arqueología alberga aproximadamente 4.000 piezas arqueológicas. Sin embargo, lo que en ella se realiza va mucho más allá de ser un depósito de acumulación del pasado. En el quehacer diario —al menos durante los últimos tres años— se ha consolidado como un espacio de aprendizaje, interacción y comprensión de otras formas de percibirse en lo social y lo cultural, a partir de la materialidad presente del pasado.

Materiales que nos remiten a sociedades prehispánicas y de poscontacto, en su mayoría procedentes de la Sierra Nevada de Santa Marta y de la vertiente del río Magdalena; pero también a la curiosidad de la gente del presente por ese pasado. Entre risas, juegos, charlas y talleres, hemos creado escenarios donde el compartir estos conocimientos se orienta hacia una experiencia sensible.

Porque al cuestionarnos el gestionamiento, la preservación y la transmisión de saberes, aprendimos que el conservar es un acto de compartir. Construir ciencia a veces se ve como una labor aislada, realizada en escenarios como el trabajo de campo o el laboratorio, pero muchas más veces, si se le ve desde el ámbito de los resultados; se nota una interacción de doble vía, que va de lo social a lo académico.

En la necesidad de conservar y aplicar los tratamientos adecuados a los objetos, entre 2022 y 2025 se han impulsado proyectos orientados a atender sus requerimientos técnicos y científicos. En ellos ha participado activamente la comunidad estudiantil mediante talleres de geoarqueología, restauración y divulgación, de los que surgieron iniciativas como la creación de la Colección Bioarqueológica, el Proyecto de Restauración y el Catálogo Virtual. Como resultado, hoy se aplican técnicas de intervención mínima y mayor, logrando la restauración de 90 piezas que lo requerían por su estado de conservación. Asimismo, se ha digitalizado el 10 % del acervo con el fin de ampliar su acceso y permitir que nuevos públicos se aproximen, desde distintos escenarios, a esta materialidad arqueológica y al conocimiento que alberga. En esa ruta seguimos avanzando. Y, como escribió Jorge Luis Borges: «somos todo el pasado… somos, gratamente, los otros». En esa materialidad también somos memoria, tiempo y conocimiento en construcción. ▮▮▮



Taller de restauración.